

DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1911 Á 1912

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ BANQUÉ

CATEDRÁTICO

DE LA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

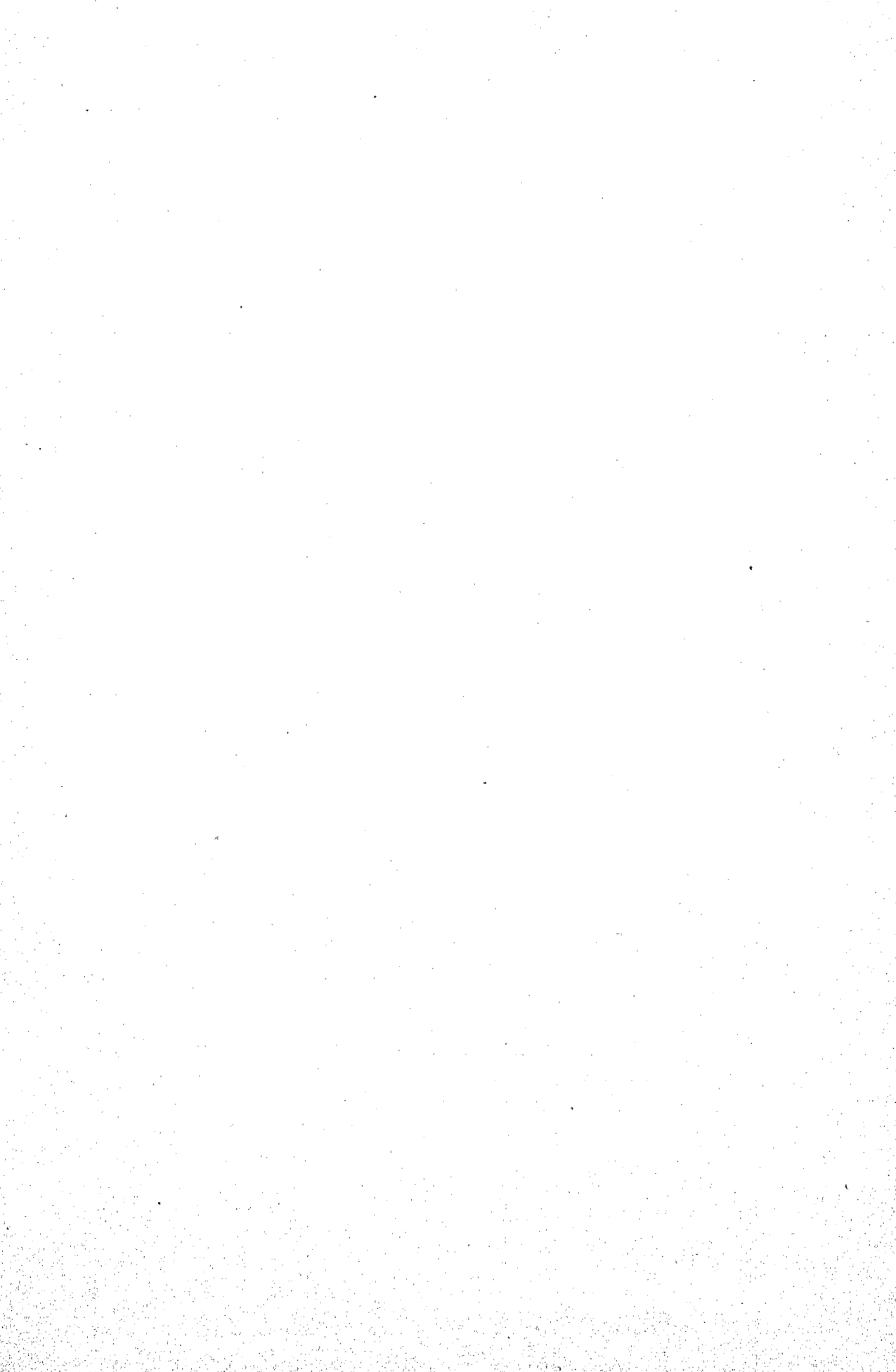


BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA H^{ROS} Y RUSSELL

RORDA UNIVERSIDAD, 6 : TELÉFONO 861

1911



DISCURSO INAUGURAL

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701724739

DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1911 A 1912

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ BANQUÉ

CATEDRÁTICO

DE LA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

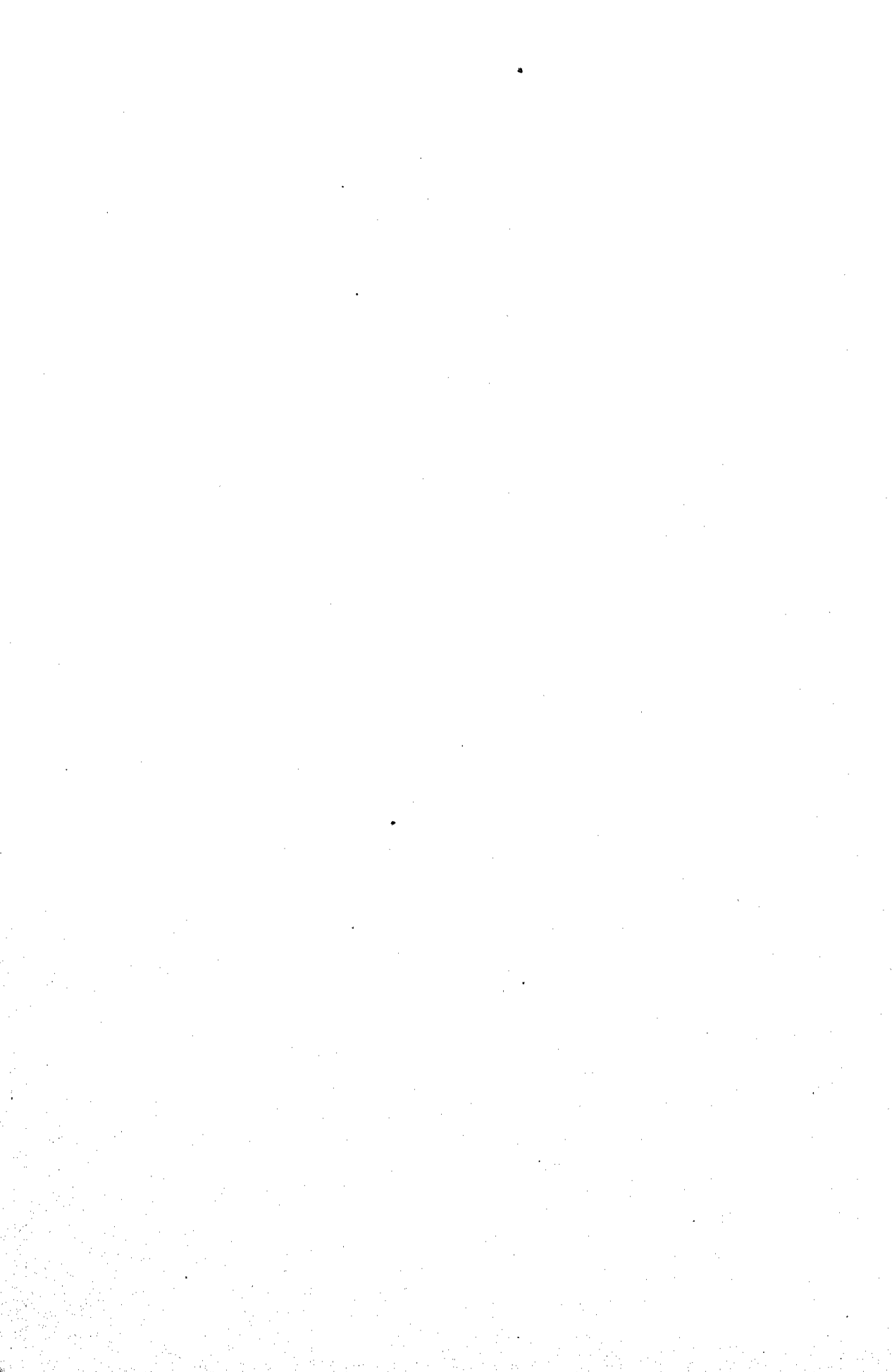


BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA H^{ROS} Y RUSSELL

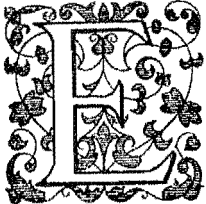
RONDA UNIVERSIDAD, 6 : TELÉFONO 861

1911



EXCMO. SEÑOR :

SEÑORES :

 El cumplimiento de un deber reglamentario, regulado por las alternativas de riguroso turno, que no la libre determinación de mi voluntad, me ponen, en la fiesta académica de hoy, en el serio compromiso de llevar la voz y representación de los altos intereses de la ciencia y de la cultura patrias.

Para tan alta investidura, os lo confieso ingenuamente, me hallo falto de aquellos talentos que han lucido en ocasiones semejantes, en este mismo sitio, tantos y tan ilustres miembros de este Claustro Universitario, vivos unos, para honra de la enseñanza y prez de la ciencia, y transportados otros á las regiones de la inmortalidad, donde continúan amastrándonos con el recuerdo de sus lecciones y con la ejemplaridad de sus virtudes. De todos ellos estoy muy distanciado, en esta larga escala de prestigios, ganados por el individual esfuerzo, mediante la aplicación de las facultades y talentos, en el grado con que el Sumo Creador plugo dotar á cada uno, escala en la que ocupamos los humanos tan

distintos y alejados peldaños; de lo que duélome sinceramente, en primer lugar, y perdonad mi egoísmo, por no poder disfrutar, como ellos, de las armonías que el hombre percibe cuando alcanza á anegarse en los más sublimes ideales, y también, y esto sí que lo siento verdaderamente, porque esta mi suerte adversa la haré yo desconsiderada para con vosotros, cosa que no merecéis, pues voy á defraudar vuestras esperanzas y á málograr, con harto pesar mío, el irrecusable empeño de esta tarde.

Valido, sin embargo, de vuestra benevolencia, que confío me otorgaréis sin regateos, me atreveré á ocupar, durante algún tiempo, vuestra atención, hablándoos acerca de *algo que podemos hacer en España en favor de la cultura clásica griega*, tema de carácter general no exento de interés, como no dejan de tenerlo todos los asuntos relacionados con los orígenes de la civilización, y que quizás se adapta mejor, por su misma generalidad, á nuestro actual estado, en tal orden de conocimientos, que otro cualquier tema más concreto del mismo orden, el cual me exigiría una erudición clásica helénica de que, desgraciadamente, no puedo hacer gala; erudición y conocimientos de índole especial que, por ser patrimonio de muy pocos en España, respiran en nuestra atmósfera intelectual un ambiente harto escaso y enrarecido.

Tiene además dicho tema alguna oportunidad, toda vez que se observa actualmente un cierto resurgimiento de la afición á los estudios clásicos, un generoso esfuerzo por parte de los alumnos en secundar la labor de sus profesores, esfuerzo que, después de salvar las aulas de la Universidad, trasciende fuera, en medio de la vida literaria de nuestra sociedad, en forma de propa-

ganda y divulgación de las saludables tendencias representadas por una literatura que es archivo del buen gusto, heraldo del orden y armonía, pauta y guía contra los extravíos del arte del decir y que contiene acabados modelos de belleza literaria.

Y ahora, al mismo tiempo que expreso la satisfacción que el referido hecho produce á cuantos, después de haber contribuído al mismo, estamos llamados á favorecerlo y á propagarlo, permitidme una alusión de respeto y de reconocimiento á los inolvidables primates de la escuela filológica de esta Universidad, y, en especial, un recuerdo cariñoso del Dr. Balari y Jovany (q. s. g. h.), sabio y paternal maestro de casi todos los actuales profesores de griego, á quien, lo mismo que á otros beneméritos maestros, que no necesito nombrar porque se guarda su buena memoria en la de todos, no hemos tributado todavía, los que tuvimos la suerte de ser sus discípulos, el justo homenaje á sus talentos y virtudes, y no hemos pagado aún la deuda de gratitud que tenemos con ellos contraída.

I

Admirable, sobremanera, es el desenvolvimiento que han alcanzado en las naciones cultas de Europa, y aun en los Estados de Norte América, los estudios relativos á la civilización helénica antigua, en todos sus órdenes y aspectos, á través de todas las épocas, ya florecientes, ya decaídas, de su interesante historia.

Circunscribiremos el concepto de este desarrollo con relación al tiempo, modalidad necesaria de todo hecho real. Toda noticia *literaria*, tomada esta palabra

en su más amplio sentido; toda noción de la actividad humana, en cualquiera de sus formas, ha de apoyarse en la cronología. Esta y la geografía han sido llamadas «ojos de la historia», y cae dentro del objeto de la historia más ó menos interna de un pueblo ó de un siglo toda manifestación importante de la vida de sus individuos ó coevos.

Para cumplir, pues, con esta condición, indispensable en toda referencia histórica, os hablaré del florecimiento de los mencionados estudios, principalmente en lo que va de siglo.

El libro y la revista, los boletines de Academias y Sociedades científicas, las disertaciones y memorias y las actas de los Congresos, son los medios de comunicación, divulgación é intercambio mundial de los estudios, investigaciones y hallazgos pertinentes al objeto que nos ocupa; bien que estos medios son también los vehículos de todo el saber moderno.

La revista tiene un valor preeminente sobre el mismo libro. En muchas ocasiones éste no es más que la compilación de trabajos publicados, aislada y sucesivamente, en el conjunto más ó menos abultado y uniforme de pliegos impresos, con ó sin ilustraciones ó figuras, que salen periódicamente, al que podemos llamar comercio intelectual de sus abonados y lectores.

El número mayor ó menor de revistas con que cada nación contribuye á aumentar el tesoro de la ciencia helenística, señalará el mayor ó menor grado de su influencia en la universal cultura clásica.

Más de veinte revistas tenfa en circulación Alemania en 1905, consagradas, más ó menos directamente, á los estudios helénicos de toda clase. Ellas son testimonio irrefutable de la supremacía que, en esta rama de

su múltiple labor intelectual, honrosamente se ha ganado; preeminencia que, hoy por hoy, conserva, puesto que sigue cultivándolos con un ardor infatigable. En Inglaterra se les protege también espléndidamente, y en los Estados Unidos, si bien parece que no es tan grande como en su antigua madre patria la afición á ellos, con todo no deja de ser notable. En Italia han decaído de su antiguo esplendor. Francia, influida, sin duda, por ese *utilitarismo* bárbaro, que ahoga al mundo contemporáneo y que es el mayor enemigo de las prerrogativas y prestigios del espíritu, Francia, repito, asiste á un abandono gradual de los estudios clásicos. Al desaparecer el estudio gramatical del griego de sus liceos, refúgiense los estudios helénicos, como los del hebreo y sánscrito, en los centros donde se adquiere y cultiva la alta erudición; pero allí el espíritu de asociación y de expansivo proselitismo, que tan vivo se manifiesta entre nuestros vecinos, auxiliado por la protección oficial y particular, hace mantener todavía á gran altura la vitalidad y los honores debidos á las que, con justicia, han sido llamadas *humaniores litteræ*.

Siguen en categorías, más ó menos honoríficas en dicho orden de trabajos, las demás naciones de Europa, como Austria, Bélgica, etc., y no dejaremos de señalar, por lo particular del caso, atendidas las azarosas circunstancias históricas y políticas que han puesto á prueba los más caros intereses públicos de la Grecia moderna, el florecimiento literario que en ella se observa; mantenido por un grupo de literatos y eruditos, que, después de haberse dedicado de un modo preferente á estudios arqueológicos é históricos medioevales, han producido en nuestros días interesantes narraciones y hermosas novelas y cuentos, y aprovechándose de las excelentes

condiciones en que están para estudiar y publicar textos, cuya lectura les es, en cierto modo, familiar, dedícanse á publicar ediciones de los autores griegos antiguos, lo que sólo habían hecho hasta aquí en muy reducidas proporciones.

El libro, en la extensión y forma de tal, empléase en la publicación de los textos originales de una ó varias obras, ó de las obras completas de un autor determinado, ó bien del complejo que abrace las de todo un género literario. Esta aplicación del libro abarca la parte *material* de los estudios clásico-literarios y tiene un valor que podríamos llamar fundamental en orden al conocimiento y crítica de la literatura de los griegos.

Atienden á esta importante misión diferentes casas editoriales y libreros, que, esparcidos por la culta Europa y estudiosa América del Norte, difunden en libros, hermosamente impresos, la lectura é interpretación de los textos griegos, escrupulosamente revisados y corregidos por críticos peritísimos en el difícil arte de contrastar en todas sus partes la autenticidad de los mismos.

No quisiera ser pródigo en citas; algunas harán referencia á tiempos anteriores á la presente centuria; y no he de hacer largas enumeraciones. La misma abundancia con que me brindan los distintos puntos de mayor ó menor detalle, que trataré en este mi alegato literario, es óbice para la acertada elección y un obstáculo inevitable para caer en injustas omisiones. Por otra parte, estas páginas no han de parecer hojas de un índice ó catálogo.

No será, sin embargo, impertinente, mencionar algunos nombres de empresas y de sabios que den alguna idea de los principales impulsores y cooperadores de la

sabia obra de la divulgación é ilustración del preciado tesoro de ciencia y de arte que nos legaron los iniciadores en el mundo de las tradiciones literarias. Didot, de París, y Teubner, de Leipzig, fundadores de las Bibliotecas que llevan su nombre, son conocidos de todos los amantes de la literatura clásica antigua. A estos editores débese la publicación completa de los autores griegos, á favor de cuyos textos han sido puestos á contribución los mejores trabajos de crítica, desde los antiguos de los mismos griegos; desde la excelente labor gramatical y crítica realizada por los Alejandrinos, por Aristarco, especialmente, tocante á Homero, hasta los estudios de Villoison, Wolf, Heyne, Bekker, Karl Lehrs, Fred. Dübner, F. G. Welcker, Guillermo Dindorf, A. Pierron y otros, con respecto al *ciego de Chio* y á la poesía épica griega en general, temas que, cual mina inagotable, proporcionan todavía materia á muchos libros y trabajos.

Bergk, editó á los poetas líricos; Boeckh, publicó un *Píndaro*; H. Diels, sacó á luz, en 1903, los fragmentos de los primeros filósofos griegos; Henri Weil, ha editado é ilustrado con magníficas introducciones y eruditos estudios á los trágicos y á Demóstenes; Kaibel, á los cómicos; Migne ha dado á la estampa el divino tesoro que nos legaron los Padres Apostólicos en su monumental *Patrología griega*; Bussemaker, Heitz, Brandis, V. Rose, Bonitz, C. Müller, Wilamowitz-Moellendorf, F. Blass, etc., son otros ilustres sabios que han preparado y dispuesto á las mencionadas casas editoriales (á las que agregaremos aquí la de *Tauchnitz* [Biblioteca *Idem*], de Leipzig, y la importantísima *Hachette et Cie.*, de París), las ediciones, ya generales, ya particulares, de los escritores griegos de todo género, según los ha-

llazgos y estudios más recientes. Cada nueva edición es *locupletior* con los novísimos textos y fragmentos hallados, y, además, *iteratis curis correctata*.

Otros muchos editores y libreros hácense también acreedores de honorífica mención y de la gratitud de los amantes del saber de la antigüedad. Macmillan y Kenyon, en Londres; Clarendon, en Oxford; Freytag y Eduard Beyer's Nachfolger, de Viena; List y Francke, de Leipzig; L. Hortsman, de Gota; Dr. H. Lüneburg, de Munich; Lipsius et Tischer, de Kiel; A. Marcus y E. Weber, de Bonn; Ferdinand Schöningh, de Osnabrück (Hannover); R. Strohmets, de Ulm; Loescher y C.^a y Pustet y C.^a, de Roma; Armand Colin, Ernest Leroux, Fontemoing, A. Picard et Fils, etc., de París, y otros de Berlín, Edimburgo, Ginebra, Milán, Venecia, etc., etc., cual otros Hermes, resucitados de la fábula á la vida real, por medio de la tipografía *πτερύγη*, *alada*, con las alas que la prestan las fáciles y rápidas comunicaciones modernas, son los corredores de ese augusto comercio del espíritu, que mantiene la sabia Atenea con sus devotos de todas las naciones y de todos los siglos.

Otra de las aplicaciones primordiales que ha tenido la publicación en forma de libro, ha sido la exposición de la *Gramática* y del *Léxicon* de la lengua, la que ha tomado como objeto la parte que podemos llamar *formal* de los textos, es decir, la interpretación y significación de los mismos hasta dar con las verdaderas ideas y conceptos que en ellos quisieron sus autores manifestar. Para dicho objeto es de toda necesidad el estudio de las formas en todos sus elementos y accidentes y en todas aquellas variantes que respondan á las relaciones de que son susceptibles los elementos del juicio.

En esta labor expositiva del arte gramatical de la lengua griega y también de la latina, madre de la nuestra, fueron maestros consumados los españoles; y cuando el método tradicional, que tenfa no poco de casufstico, cedió el paso al método filosófico y científico; cuando se estudiaron y descubrieron los principios del organismo gramatical y se separaron y distinguieron los elementos formativos de las palabras, y fueron explicadas las variedades de la flexión por la aplicación de las leyes de la *Fonética*; cuando los estudios lingüísticos presentaron esta fase racional, que motivó la aparición de la *Gramática general*, rayó también á gran altura la ciencia española; de modo que podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que ninguna de las naciones modernas, que tanto nos aventajan, desde principios del siglo xix, en estudios filológicos, superó á España en los orígenes de la ciencia del lenguaje. Recordemos, pues, con legítimo orgullo, el nombre glorioso de Lorenzo Hervás y Panduro y su libro en castellano *Catálogo de las lenguas*, en el que se recogen y aprovechan todos los progresos de la mentada ciencia hasta fines del siglo xviii, y por el que merece el dictado de padre de la verdadera *Filología comparada*.

Permitidme aquí, ya que no lo considero del todo fuera de lugar, el que insista en una idea acogida y reiteradamente expuesta por el que os habla con gran calor de propia convicción.

El estudio gramatical de las lenguas clásicas, esto es, de las lenguas griega y latina, es, por su misma naturaleza, un auxiliar de la educación, un procedimiento pedagógico, un medio muy acomodado para cultivar metódicamente las diversas facultades del niño, una especie de *gimnasia* del espíritu que favorece el ejercicio

y desarrollo gradual y equilibrado de las aptitudes del joven educando, que encuentra en ella como una preparación para sus ulteriores y superiores estudios, de cualquier orden que éstos fueren.

Las primeras nociones de gramática son verdaderas nociones de lógica; por ellas se exteriorizan, por decirlo así, en los signos de la expresión, los elementos del pensamiento. Por el análisis clasificamos las palabras, según el oficio que en la oración desempeñan, y señalamos los accidentes que las afectan. Al traducir, ejercita el alumno su memoria, no sólo en beneficio de esta facultad, sino también de sus demás potencias, pues, no solamente encomienda á aquélla términos nuevos, sino que su entendimiento y fantasía adquieren nuevas ideas é imágenes que ellos le suministran.

Las mismas lenguas, y, principalmente, la helénica, mediante su perfecto sistema de formación y derivación de las palabras (todo el tecnicismo moderno de las ciencias y de las artes procede de la lengua griega), ofrece una sorprendente aplicación de la ley transcendental y filosófica de armonía entre lo uno y lo vario, entre lo permanente y transitorio, entre lo substancial y accidental que observamos en todas las cosas. A la raíz, elemento fundamental, el más simple é irreductible de las palabras, signo fonético de la idea en su sentido abstracto é indeterminado, se agregan las características, desinencias ó sufijos, es decir, los elementos formativos de las palabras, signos de los accidentes de la flexión y de los sentidos diversos de la derivación, que concretan y determinan el sentido fundamental y abstracto de la raíz hasta constituir las síntesis cabal de la palabra, á la manera como la admirable síntesis del ser humano queda constituida por la unión substancial de alma y cuerpo.

He aquí, pues, por qué el estudio de dichas lenguas ejercita la inteligencia del estudiante, ofreciéndole motivo de aprender á aplicar los procedimientos lógicos del análisis y de la síntesis, caminos que habrá de seguir después en sus futuros estudios.

Ha pasado, según parece, el período culminante de la formación de la ciencia del lenguaje y de su aplicación al estudio de los más diversos y apartados idiomas del globo, aplicación que ha permitido agruparlos en familias, según fueran mayores sus analogías y más estrecha su relación de parentesco. Por esta causa no son tantos los libros que en la actualidad se publican de asunto gramatical y lexicográfico, aunque los hay, sobre todo con el carácter de monografías, que tienden á precisar más y más la significación de ciertos términos empleados en los textos conocidos ó que tratan del particular uso que, de las formas gramaticales, hicieran determinados escritores. Es curioso, por ejemplo, y útil para los historiadores del arte dramático griego, el volumen de J. O'Connor (1), en el que estudia el variado sentido de algunos nombres aplicados á los actores: ὑποκριτής, κωμωιδός y τραγωιδός, ἀγωνιστής y sus compuestos. E. Fraenkel (2) se ocupa de los nombres de agente. El empleo del aoristo por los trágicos y cómicos atenienses es estudiado por O. Lauteusach (3). La *eurhythmia* con que embelleció Demóstenes su prosa ha

(1) J. B. O'Connor. *Chapters in the history of actors and acting in ancient Greece, together with a Prosopographia histrionum Graecorum*. Chicago. University press, 1908.

(2) E. Fraenkel. *Geschichte der griechischen Nomina agentis ant-τήρ,-τωρ,-της(-τ-)*. Strassburg, Trübner, 1910.

(3) Lautensach. *Die Aoriste bei den attischen Tragikern und Komikern*. Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1911.

sido explicada por C. Zander (1), reservándome para más adelante citar algún nombre más de los aficionados á esta clase de trabajos.

Guardan, empero, una proporción notablemente mayor los libros que exponen é interpretan las nuevas formas dialectales y nuevos signos de expresión que, de consuno, nos suministran, en gran abundancia, la Arqueología y la Epigrafía. Dispensadme el que no cite aquí obras de esta clase por no alargar demasiado esta primera parte de mi discurso.

De todos modos es de señalar la preferente aplicación del libro clasicista de hoy al estudio ó exposición de algún orden de ideas general, propio de alguno de los poetas ó prosistas helénicos, al desarrollo amplio de un asunto de carácter general relativo á la vida interna ó externa de la civilización griega: mitología, religión, moral, filosofía, política, artes plásticas, jurisprudencia, arte militar, magia y adivinación, costumbres públicas y privadas, etc. H. Swoboda publicó, reunidos en un volumen (2), los artículos de su amigo E. Szanto, que trataban de historia económica y jurídica de la Grecia. M. Adhemar d'Alès en su libro (3), á propósito de su asunto, se ocupa mucho de los misterios así griegos como bárbaros. Giuseppe Modugno (4), al analizar el genio griego, dice que está fundado en el acuerdo de todos los elementos de la vida, reconciliados en cierto modo en el culto de lo bello, y todo en él lleva el sello

(1) C. Zander. *Eurythmia vel Compositio rythmica prosae antiquae*. I. Eurythmia Demosthenis. Leipzig. Otto Harrassowitz, 1910.

(2) E. Szanto. *Ausgewählte Abhandlungen*. Tübingen, Mohr, 1906.

(3) *La Théologie de saint Hippolyte*, Paris, G. Beauchesne et Cie., 1906.

(4) *Il concetto della vita nella filosofia greca*. Bitonto, Garofalo, 1907, in 8.º de XV — 526 pág.

de un real idealismo. Expone, también, todo lo que á la Grecia debe la civilización universal. A. Bouché-Leclerq, en su extensa obra *Histoire des Lagides* (4 vol. en 8.º, París, Leroux), aprovechando, no sólo los documentos literarios, que le habrían proporcionado pocos elementos, sino más bien las inscripciones, los papiros últimamente hallados y los *ostraka*, nos ofrece el cuadro de las instituciones de toda clase y de las costumbres reales y ciudadanas del Egipto Ptolemaico. Sobre las teorías griegas del conocimiento ha escrito J. I. Beare (1). Ch. Gilliard (2) ha hecho un ensayo de crítica histórica acerca de la obra del gran legislador ateniense. Las ideas de Eurípides son entresacadas de sus tragedias y expuestas por Paul Masqueray (3). El profesor de la Universidad de Melbourne T. G. Tucker (*Life in ancient Athens*. Londres, Macmillan, 1907), ha resucitado la imagen del ciudadano ateniense de los siglos v y iv (a. de J. C) y de lo que le rodeaba en todos los aspectos de su vida pública y privada. El señor Aravantinos (4), médico y arqueólogo, nos habla de Esculapio y de los sanatorios puestos bajo la protección de este dios, y sostiene que la terapéutica racional jugaba en Grecia un papel serio en el tratamiento de los enfermos. Acerca de la teología griega y del aspecto religioso de la comedia aristofánica, han escrito, respectivamente, Reinhardt (5) y Carlo Pascal (6). El nombrado autor de la

(1) *Greek theories of elementary cognition from Alcmeon to Aristotle*, Oxford, Clarendon Press, 1906.

(2) *Quelques reformes de Solon*. Lausanne, Bridel, 1907. In 8.º, 323 pág.

(3) *Eurípide et ses idées*. París, Hachette, 1908. In 8.º, 406 pág.

(4) A. Π. ἈΡΑΒΑΝΤΙΝΟΣ. Ἀσκληπιὸς καὶ Ἀσκληπιεῖα. Leipzig, Drugulin, 1907. In 12, XVIII — 221 pág.

(5) C. Reinhardt. *De Græcorum theologia capita duo*. Berlín, Weidman, 1910.

(6) Dioniso. *Saggio sulla religione e la parodia religiosa in Aristofane*. (Biblioteca di filol. cl.), Catania, F. Battiato, 1911.

Historia de los Lagidas y director de la traducción al francés de las grandes *Historia de Grecia é Historia del Helenismo*, de los alemanes Curtius, Hertzberg, y Droysen, es también autor de una extensa *Histoire de la Divination dans l'Antiquité*, que, al menos en parte, interesa al asunto clásico, y de *L'Astrologie grecque*, obra que entra más completamente dentro del mismo. Salomón Reinach se ha ocupado de la estatuaria, vasos pintados y relieves griegos, y ha reunido, en grabado, un sinnúmero de cabezas ideales ó idealizadas de estatuas antiguas. En cuanto á monedas griegas y también romanas, vale actualmente, como obra monumental, la de Ernest Babelon (1).

Y no hago más citas de libros y autores, porque las hechas, si bien no dan idea del número ó cantidad de lo que se publica en tal forma y con tal clase de asuntos, la dan, por lo menos, de la gran variedad de sus materias.

El libro, pues, cuando no se dedica á la publicación de textos, se destina, en los tiempos modernos, á la didáctica de algún arte ó ciencia, según su natural extensión, ó al desarrollo amplio y sosegado de un asunto ó materia de carácter general.

Pero es infinitamente mayor el número de publicaciones de corta extensión, relativas á puntos concretos de una ciencia ó rama especial, como las disertaciones ó tesis con cuya defensa se reciben de los grados académicos superiores, las personas de estudio y de carrera, las memorias ó comunicaciones presentadas á

(1) *Traité de Monnaies Grecques et Romaines*. Première partie: «Théorie et doctrine». Deuxième partie: «Description historique». Troisième partie: «Album des planches». Las tres partes están simultáneamente en curso de publicación.

las Academias, Asociaciones y Congresos, y, sobre todo, las revistas, con sus artículos de todo género, forma de publicidad que abraza casi todas las otras, forma preferida al mismo libro, según he dicho antes, y del que la revista proporciona un anticipo por fragmentos, cuando el trabajo tiene la suficiente amplitud.

Leyendo cualquiera de las principales revistas, que son órganos mediante los cuales se manifiesta la vida de los estudios griegos en nuestros días, y portavoz, y medios de comunicación é intercambio de los trabajos que en las esferas intelectuales del mundo culto se llevan á cabo incesantemente, admírase uno de la ardua y prolija labor que se impone, y va realizando paulatinamente ese ejército infatigable de aficionados á los estudios helénicos, de aclarar dudas y obscuridades de cosas, hechos y personas de la antigüedad, de descubrir y agotar fuentes de nuevos conocimientos y de sacar á la luz pública cuanto de escondido é ignorado encierran todavía las ruinas no vistas y los textos no interpretados ni leídos.

Ayudándonos de las copiosas listas y estudios bibliográficos que publican las revistas de la especialidad, veremos que cualquiera de las formas de publicación últimamente nombradas tiene en el extranjero numerosos operarios que persiguen con tenacidad el sabio objetivo de completar en sus cimientos, fachadas é interioridades el magnífico palacio de la cultura clásica.

Vese en estos trabajos el afán de puntualizar por el detalle en todas las cuestiones y de llegar á la afirmación categórica en todas las materias, aun en las más menudas de la vida de los griegos. Para llegar á este resultado hay que entender perfectamente todos

los medios de expresión y representación con que se nos ha perpetuado la personalidad de la raza. Hay que estudiar cualquier nuevo detalle que nos lleve al examen más concienzudo de lo que conocemos. Hay que atender á la que de día en día va exhumándose de las ruinas ó del polvo de las bibliotecas y archivos. Tratóndose de una civilización tan alejada de nosotros por los siglos, un pequeño dato antes desconocido, toda cosa antes ignorada, por insignificante que sea su valor absoluto, tiene una importancia que ha de aprovechar, así el filólogo, como el dedicado á la rebusca arqueológica.

Creo habré de contribuir á confirmaros en lo dicho, mencionándoos algunos trabajos de las referidas clases.

Os citaré algunas tesis para el doctorado en letras, tal como la de M. Navarre, *Essai sur la rhétorique grecque*; y las de T. Sickney, *Les sentences dans la poesie grecque d'Homère à Euripide*; Calardeau, *Epictète*; G. Glotz, *La solidarité de la famille dans le droit criminel en Grèce*; M. L. Laloy, *Aristoxène de Tarente, disciple d'Aristote, et la musique dans l'antiquité*; Bourguet, *L'administration financière du sanctuaire pythique au IV^e siècle avant J. C.*; Léon Robin, *La théorie platonicienne des idées et des nombres d'après Aristote* y *La théorie platonicienne de l'Amour*, y la de Paul Vallette (en latín), *De CEnomao lyrico*.

Os haré también mención de algunas disertaciones que os comprobarán el afán de particularizar que domina entre los eruditos, tales como la de Eichhorn (1) acerca del significado del término *βάρβαρος*; y las de

(1) A. Eichhorn, *Βάρβαρος quid significaverit*. Diss. Leipzig, 1904, 64 p.

Ruettgers (1), M. Bloomfield (2), A. Boselli (3), C. Schmidt (4), P. Guenther (5), V. de Addozio (6), G. Suess (7), Th. Gollnisch (8), G. Jaffei (9) y A. von Salis (10).

También han disertado Arthur Mentz acerca de la taquigrafía entre los griegos (*Geschichte und Systeme der griechischen Tachygraphie*. Berlin, Gerdes und Hödel, 1907); H. Schmidt (*Veteres philosophi quomodo judicaverint de precibus*. Giessen, Töpelmann, 1907); Rudolf Ebeling, sobre las relaciones entre la matemática y la filosofía en Platón (*Mathematik und Philosophie bei Plato. Progr. Münden, Mündener Tagblatt*. Druckerei, 1909) y John Williams White (*The iambic trimeter in Menander*), que es un buen estudio del empleo del tribraco, del dáctilo y del anapesto en el trímetro de Menandro, publicado primeramente en la revista norteamericana *Classical Philology*, IV, 2 abril 1909.

Otras muchas disertaciones puede ver registradas el bibliófilo clásico en los catálogos de los librereros extranjeros dedicados exclusivamente á ellas, v. gr., el

(1) F. Ruettgers. *De accusativi, genitivi, dativi usu in inscriptionibus archaicis cretensibus*. Diss. Bonn, 47 p.

(2) *Cerberus, the dog of Hades. The history of an idea*. Chicago, The Open Court publishing Company, 41 p.

(3) *Gli honori funebri resi in Atene ai morti per la patria*. Piacenza, tip. del Maino, 44 p.

(4) *De die natali apud veteres celebrato quaestiones selectae*. Diss. Geissen, 35, p.

(5) *Das Problem der Theodicee im Neoplatonismus*. Diss. Leipzig, 1906.

(6) *Quatenus Plutarchus in rebus Ciceronis enarrantis ejus scriptis usus sit*. Napoli, Tessitore, 1904.

(7) *De personarum antiquae comediae Atticae usu atque origine*. Diss. Geissen, 132 p.

(8) *Quaestiones elegiacae*. Diss. Breslau, 71 p.

(9) *Il mondo dei morti nelle tragedie di Sofocle*. Roma-Torino, Roux et Varenco, 45 p.

(10) *De Doriensium ludorum in comedia Attica vestigiis*. Diss. Basel, 56 p.

Catalogus dissertationum philologicarum classicarum. Editio II, 1910., de Gustav Fock, de Leipzig.

Respecto de los *artículos* de revista, relativos á esta clase de estudios, teniendo á la mano, como los tengo al escribir estas líneas, los números correspondientes al último quinquenio de una de las más importantes que se publica en París, se ve la riqueza y variedad de trabajos en ellos insertos; más ó menos sucintos, más ó menos extensos, dada la índole de los mismos, destinados á formar partes separables de un todo que sale á la publicidad á plazos fijos, y cuyo mismo nombre de *revista*, además de hacer referencia á noticias de actualidad, parece reclamar una copia de materiales, cuya abundancia nótrese á costa de su extensión, favoreciendo, á la vez, su variedad.

Dar una idea de los publicados en las revistas similares, sería una tarea interminable y casi tan difícil como contar las ramas y las hojas de un árbol plantado á las márgenes de un río, y que ha crecido ufano y espléndido al amor de sus abundosas aguas.

Verfais en ellos razonadas y eruditas informaciones sobre nuevos hallazgos de estatuas, vasos, tablillas órficas, léцитos, óstraka; estudios de nuevos fragmentos de comedias de Menandro, de nuevos poemas de Baquílides, de mimos de Herondas y de nuevos trozos de obras de otros ingenios, libertados de las tinieblas del soterramiento y del olvido, mediante la exhumación ó descubrimiento de papiros, pergaminos, códices y palimpsestos en que están escritos; reseñas de nuevos manuscritos, como el *Codex A Platonis* y el *Codex Σ Demosthenis*, de la Biblioteca Nacional de París, publicados los dos en fototipia por Henri Omont.

Leeríais monografías acerca del ostracismo, y de la *cuestión homérica*, y de las cuestiones que ha suscitado la vida y la obra épico-didáctica de Hesiodo, del cual es dable considerar *Los Trabajos* como la sola obra auténtica suya; sobre Polibio y Piteas de Marsella; tocante á Calímaco y á sus epigramas, distinguiendo entre éstos las piezas que eran simples recreaciones literarias, de aquellas otras que debieron leerse en monumentos y sepulcros.

Os agradarían las exposiciones de ideas bien concertadas referentes á la mitología, fiestas y cultos religiosos de los distintos pueblos de la Grecia, y á los oráculos, y las noticias relativas á la afición de los griegos á los *sports*, á la *toilette* de las mujeres griegas, á ciertas convenciones primitivas del arte helénico, á la venta barata y repartición gratuita del pan en las ciudades de Grecia, y atraen la curiosidad hasta de los no ingenieros ni mecánicos, las noticias del *hydraulis*, aparato hidráulico de viento, el cual, á manera de órgano, con el sonido potente que producía, daba la señal de alarma á grandes distancias.

Otra de las direcciones notables que toman los artículos de revista, encaminada á la más perfecta versión de los textos griegos, es la que podríamos llamar exegética, la cual tiene por objeto precisar el sentido de ciertos vocablos complejos, que encierran todo un orden de ideas, como, por ejemplo, algunos que se encuentran en Platón y en Aristóteles; fijar el significado de los que lo tienen dudoso y determinar el que le conviene á la palabra, de los varios que se le han atribuído, atendiendo á los contextos y al empleo que han hecho de la misma con la significación que se propone, otros escritores, cuyos textos se explican y comentan en abono de la interpretación defendida.

Tómanse las páginas de las revistas como palenque adonde acuden, provistos de las armas del conocimiento gramatical y erudito de los textos, á discutir el significado de un término empleado en los mismos, contrastando con toda clase de pruebas la acepción exacta que en cada caso le corresponde.

Nos encontramos en la Odisea con las *fokai*, á las que aplica el poeta el epíteto *népodes*, que, según unos, significa *sin pies*, lo mismo que *ápodes*, y, según otros, *que tienen pies á propósito para nadar*, acepciones ambas que convienen á las focas.

Con respecto á la *Elpis*, de que nos habla Hesiodo, cuando nos cuenta el mito de Pandora. Mr. Paul Girard ha querido rehabilitar la interpretación antigua de dicha palabra, según el sentido de *Esperanza*, de un bien que queda prisionero y solo dentro de la caja, de la que Pandora ha dejado escapar todos los males. Pero Mr. Pierre Waltz (1) le replica, defendiendo el sentido que hoy se da á dicho vocablo de *previsión de lo porvenir, conocimiento de los futuros males, espera de una desgracia*. Hace, por lo tanto, de ella un mal, ó más bien, da á la palabra un valor indiferente, que se torna desfavorable y pesimista, tan sólo en fuerza del sentido de la frase. Para ello examina el articulista los textos aducidos por el contrincante, y aduce, á su vez, otros en favor de su explicación.

En el término *sycofantes* hay elementos de composición, según los cuales significa el individuo *que aparecía en la higuera*, es decir, en actitud de robar higos. Prueba la legitimidad de este significado desde el punto de vista morfológico, el mismo Mr. Paul

(1) *Revue des Etudes Grecques*. Tome XXIII, N.º 101, janvier-fevrier 1910.

Girard (1), quien explica además, el tránsito de significación de *ladrón de higos á delator, calumniador*, que es la versión clásica de este vocablo enigmático. Con este fin, alega, en primer lugar, una cita del escoliasta de Aristófanes, respecto del verso 31 del *Pluto*, la cual dice textualmente así: «Habiéndose declarado una gran escasez ó carestía de víveres en el Atica, algunos despojaron secretamente de sus frutos las higuerras consagradas á los dioses. Más tarde, habiendo venido el tiempo de la abundancia, algunos los delataron y acusaron; de aquí el nombre de sicofanta.» Y quedó esta palabra para designar también á aquellos que, queriendo mal á otros, les dirigen falsas acusaciones.

De intento he dejado para ahora el completar este *memorándum ó recordatorio* de los empeños que ocupan á los hombres de estudio por asimilarse, y comunicarlo á los demás, el mayor caudal posible de conocimientos, relativo á los maestros de la humanidad, señalando otro orden de estudios griegos. Este complemento de los anteriores órdenes ó esferas de la erudición literaria y artística referente á la civilización helénica, es la *Epigrafiá*, ciencia que persigue el conocimiento é interpretación de las inscripciones que aparecen en toda suerte de monumentos y objetos, descubiertos por esa falange de hombres, entusiastas por acrecentar el tesoro de los conocimientos de la humanidad con los que logre arrancar de una piedra en forma de dedicatoria, de una estela funeraria, de un bajo relieve, estatua, mosaico, marfil, medalla, moneda, muebles, etc., que encuentran en las ruinas de un templo, de una casa, de un monumento,

(1) *Rev. des Etud. Grecq.* Tome XX, N.º 88, mai-août, 1907.

en las huellas de una necrópolis ó de una vía pública, en el subsuelo; de donde las excavaciones que se practican con la avidez de una sabia curiosidad, los preservan de la acción aniquiladora del tiempo y de los elementos.

Los estudios epigráficos representan una de las más caudalosas corrientes del moderno saber de la antigüedad, y llena el mayor número de páginas de las revistas contemporáneas de la especialidad que nos ocupa. La revista poco ha nombrada publica anualmente un *Boletín epigráfico*, compilado por A. J. Reinach, donde se da cuenta de los progresos de tales estudios durante un año. Esto, aparte de las *Bibliografías anuales*, de estudios griegos de toda clase y forma publicados, é independientemente, también, de la sección llamada *Comptes rendus bibliographiques*, que aparecen en todos los números, y en la cual se hace un estudio detenido y una crítica reflexiva de las obras y trabajos confiados al docto juicio de sus redactores.

Ya sabéis el interés que tiene este orden de manifestaciones antiguas para el esclarecimiento de muchas cuestiones y problemas que la erudición moderna tiene planteados, y para el más completo conocimiento de toda clase de instituciones y sociedades, religión y letras, historia y política, usos y costumbres de los pueblos que nos legaron en tales objetos su recuerdo.

Inmenso es el material que nos ofrecen los despojos de una civilización que se extendió por varios continentes y por muchas islas del mundo antiguo; abundantísimo el número de documentos de toda clase, sobre los que la epigrafía tiene su jurisdicción; sin embargo, el método y el orden, que todo lo facilitan y aclaran, han venido también á hacer posible una clasificación y or-

denación general que hiciera aprovechables los hallazgos y descubrimientos que se han hecho y están haciéndose de continuo.

La agrupación por épocas y por países, atendiendo á su mayor importancia y á sus relaciones de contigüidad geográfica ó afinidades étnicas, y dentro de cada país, por ciudades y lugares, y combinándose, á veces, con estos principios de división, los fundados en la naturaleza material de los objetos ó en los asuntos y fines á que se destinaron; esta metodización, indispensable en toda ciencia, y más en una ciencia analítica, ha hecho realizable la colosal, y me permito decir la ideal obra del *Corpus Inscriptionum Græcarum*, gigantesco cometido, trabajo multiforme, que requiere el conocimiento de los elementos y variaciones de los signos de la escritura y que, considerado en su objeto total, cabe imaginarlo como un sistema de conocimientos que, en su orden, mantienen mutuas relaciones, parecidas á las que guardan las estrellas de la bóveda celeste entre sí y con el astro rey, alrededor del cual giran en sus órbitas inmensas.

Desde el *Corpus*, de Gruter (1603), pasando por el de Poeckh (1825) hasta el comienzo del de Berlín (1873), cuyo incremento prosigue en nuestros días, va engrosándose el acervo, no caótico, sino ordenado, de las inscripciones de Atenas y de Eleusis, del Peloponeso, con sus estados, ciudades y aldeas, Grecia del Norte (Beocia, Eubea, Fócida, Tesalia, Macedonia), Tracia y su archipiélago, Mesia-Dacia, Rusia Meridional, Islas Cícladas, Creta, Malta, Islas de Asia, Chipre, Asia Menor, Egipto, etc.

Es tal el número de inscripciones copiadas, leídas é interpretadas, una vez restituidos á la integridad sus

términos, que su estudio ha originado la historia de los caracteres epigráficos, la Gramática y la Sintaxis de las inscripciones, y ha suscitado una serie de cuestiones de epigrafía general, como las de orden religioso, político y jurídico; como las planteadas por los amuletos, tabletas mágicas, sellos bizantinos y demás objetos de las más diversas procedencias.

Otras series de documentos epigráficos, agrupados según alguna nota común más ó menos amplia, ya de carácter geográfico, ó ya de carácter histórico de cualquier clase, constituyen otros *corpora* parciales ó *corpuscula*, que giran alrededor del núcleo principal ó *Corpus*, el cual van formando al mismo tiempo que completando.

El *Corpus Inscriptionum Græcarum Christianarum*, de G. Millet, que comprenderá todas las inscripciones griegas desde la muerte de Teodosio hasta la Independencia helénica (1821), remontándose hasta los orígenes, en cuanto á las de carácter religioso; las *Inscriptiones græcæ ad res romanas pertinentes*, de Cagnat; las de Siria, agrupadas por el P. L. Jalabert, como preparación de un *Corpus* general de dicho país; las de Delfos, que han dado asunto á tantas tesis; las de Delos, las de las capitales de la Jonia, como Priene, Magnesia, Éfeso y Mileto, son algunos ejemplos tan sólo de las muchas colecciones particulares que van formándose, enriqueciendo la obra *una* del *Corpus*, y *varia* y múltiple en sus elementos componentes. Sus textos, además de ilustrarnos más y más en la variantes dialectales (1) de la lengua madre, am-

(1) F. Solmsen. *Inscriptiones Græcæ ad illustrandas dialectos selectæ*. Bibliotheca Teubneriana.

pliando la esfera del Léxico y de la Gramática de la lengua griega, estimulan la afición de los iniciados y bien dispuestos para tan especiales trabajos, quienes se lanzan á estudios particularísimos de la vida y sociedad griegas. Por ellos las vamos conociendo á la manera como las *Crónicas* nos enteran, hasta de los hechos, al parecer, más insignificantes, de los reinados de la Edad Media.

Contribuyen grandemente al descubrimiento y estudio de las referidas fuentes de conocimiento las sociedades y entidades que, con carácter oficial ó particular, protegen y difunden tales estudios; y al referirme á las que en respetable número existen en el extranjero, apuntaré otro de los poderosos medios con que modernamente cuenta la cultura clásica griega para seguir dando muestras de su gallarda vitalidad.

En la misma capital de Grecia están el «Instituto Arqueológico Alemán», el «British School at Athens», la «Ecole Française d'Athenes» y la «Sylogue de Atenas para la propagación de los estudios griegos». En Constantinopla la «Sylogue Literaria Helénica». En el Cairo hay una sociedad análoga, la «Unión». En Alejandría (Egipto) está el «Gimnasio Avéroff».

En Berlín y en otras partes de Alemania, no han de faltar organismos semejantes. En Londres hay la «Society for the promotion of Hellenic studies». En París funciona la «Association pour l'encouragement des études grecques», cuyo órgano es la citada *Revue des études grecques*.

Los estudiantes que envían las potencias intelectuales modernas á sus escuelas de Atenas, dedícanse, en su mayoría, á las tareas de exploración con sentido arqueológico, gracias á la vecindad de las ruinas con las

que conviven, y al regresar á sus lares académicos, muchos de ellos sin dejar de aprovechar sus trabajos de pensionado, reanudan la dirección literaria de sus estudios.

Estas asociaciones con sus recursos económicos, acrecentados con donativos de los gobiernos y con legados de particulares, pagan los gastos de excavaciones y de *misiones* especiales y expediciones científicas al Oriente clásico, cuyos resultados son expuestos é ilustrados con todos los adelantos de la tipografía en anuarios y revistas especiales.

En la Universidad de Lille, y como anejo á ella, está el "Institut papyrologique", consagrado á la especialidad que le da nombre.

Insistiendo algún tanto en lo que representan tales entidades, me bastará decir algo más de la últimamente mencionada "Association" para el fomento y estímulo de los estudios griegos. Llama la atención ver inscritas en la misma á gran número de personas de distintos países, además de Francia, y pertenecientes á todas las clases sociales: profesores, académicos, libreros, aristócratas, políticos, abogados y médicos; hasta ingenieros, comerciantes y banqueros. Con su *Revue*, redactada, naturalmente, en francés, aunque de carácter internacional, y con los premios que adjudica en los concursos anuales, fomenta los estudios griegos de toda clase. Abre, inclusive, todos los años, un concurso de tipografía griega para oficiales y aprendices tipógrafos.

Ella es, según idea anteriormente apuntada, una de las sociedades que más briosamente mantienen los derechos de las letras clásicas, y las prerrogativas del clasicismo helénico y de los estudios griegos en general, contra el desafecto y gradual olvido con que ha empe-

zado á tratárselos en los cuadros oficiales de enseñanzas de la vecina República.

A despecho de la facilidad de nuestras relaciones con Francia, sensible es confesarlo, pero no podemos sustraernos á las malas impresiones derivadas del conocimiento de la verdad, no llegan á media docena los nombres de españoles peninsulares que representan á nuestra patria, en las listas de dicho organismo, intérprete del concierto y movimiento mundial, en tan importante rama del saber contemporáneo.

II

Esto, y lo anteriormente apuntado, no valga para desdoro y vergüenza nuestra, ni se ha dicho para nuestra afrenta, ya que representamos en la comparación el término desfavorable, y toda comparación, de cualquier orden de merecimientos que se haga, resulta siempre odiosa; no, lo expuesto sirva más bien para motivo de estímulo, el cual es la misma ambición en su aspecto virtuoso; para movernos á hacer algo, ó, por mejor decir, algo más de lo que llevamos hecho hasta aquí en pro de la cultura clásica griega en nuestra patria.

Laudable y meritoria es la labor realizada por los pocos españoles cultivadores de tales estudios; son, en justicia, merecedores de la simpatía y de la protección de los amantes de la cultura, tanto más, cuanto menos favorable es el ambiente en que penosamente viven.

En España, quizá más que en otras partes, privan los móviles de especulación material; se dirige muy pronto á los jóvenes á los órdenes de estudios que les

abran cuanto antes las puertas de una profesión lucrativa, sin respetos, ni miramientos á la más completa y equilibrada formación de su espíritu, educando harmónicamente sus facultades, y proporcionándole por el estudio literario un gran medio de disciplina mental.

Somos poco generosos en materias de educación y de cultura; somos demasiado utilitarios. Nuestra mentalidad no ha de medirse tan sólo por las cifras que arroje el balance de nuestros libros de comercio.

Con todo, es evidente que ni por nuestra influencia y poderío en el mundo, ni por nuestros recursos económicos, ni, por qué no decirlo, por nuestra pereza intelectual, podemos hacer los españoles lo que otras naciones más populosas, más ricas y más estudiosas hacen, conforme trazado queda á grandes rasgos, en favor de los estudios de la antigüedad helénica.

No editamos textos griegos, por nosotros depurados con todas las garantías de una crítica escrupulosa; no tenemos una asociación helenófila, ni siquiera una revista sale á luz en España de la especialidad, si bien tenemos, agradable es consignarlo, meritisimas "Bibliotecas Clásicas" que, con obligada y honrosa modestia, hacen entre nosotros lo que fuera se hace en grande escala. No sufragamos los gastos de excavaciones en Oriente, ni de legaciones que exploren y estudien yacimientos de nuevos papiros ó ignorados códices, ó descifren arcaicas inscripciones, ó exhumen reliquias artísticas. Todo esto cae, ciertamente, fuera de nuestros alcances, pero lo que podemos hacer es el *algo* de que os hablaba, que si lo hiciéramos sería mucho, es á saber, traducir en castellano, interpretar en nuestras lenguas peninsulares lo que no tengamos aun vertido, en forma que las bellezas y las enseñanzas de la vastísima

literatura griega sean percibidas y aprovechadas por los más de nuestros compatriotas.

Haciendo, pues, un breve *excursus* por los dominios de la literatura griega, señalaré en esta segunda parte de mi disertación algunos vacíos ó lagunas, porque el señalarlos todos me es imposible: más claramente, indicaré algunas obras y autores que aun hemos de vestir y presentar á la española; dando, al mismo tiempo, algunas noticias literarias y haciendo algunas consideraciones en apoyo de la conveniencia de esta labor que nos falta llevar á cabo; lagunas y vacíos que podrían llenar nuestros helenistas y los aplicados jóvenes que salen de nuestras aulas de griego, preparados para háberselas con los secretos que encierran la hermosa lengua de Píndaro y de Demóstenes.

Empiezo por Homero y por lo que lleva su nombre, al modo como el poeta Arato comenzó por Júpiter su poema astronómico *Fenómenos* (que no tenemos en castellano). Del padre de la poesía, que dejó la más perfecta norma de la épica, son, ó al menos llevan su nombre, además de la *Ilíada*, la *Odisea* y los *Himnos*, unas cortas composiciones en número de diez y siete, llamadas *Epigramas*, de origen desconocido, que se refieren comúnmente á episodios de la vida de las rapsodas.

Ellos son dignos de llevar el nombre del inmortal poeta, y no dudo se leerían con gusto en nuestra lengua.

El último es un epitafio del vate jonio:

Ἐνθάδε τῆν ἱερὴν κεφαλὴν κατὰ γαῖα καλύπτει,
ἀνδρῶν ἡρώων κοσμήτορα, Θεῶν Ὅμηρον.
(Aquí el polvo de la tierra, compasivo,
Oculta la sacra y divinal cabeza
Del gran Homero, que con sublime alteza,
De los héroes cantó el mundo redivivo).

Las epopeyas homéricas son una pintura fiel y acabada del pueblo helénico, en dos aspectos distintos y con todos los elementos de su antigua civilización. Son las obras poéticas más interesantes del abundantísimo caudal de poesía épica que se produjo en Grecia desde los siglos x al v, antes de nuestra era, las cuales no fueron superadas en mérito é importancia, ni por los poemas cosmogónicos, ni por las poéticas historias de las antiguas razas de los hombres, ni por las *Heracleidas*, que en gran número relataban las hazañas del héroe tebano. No fueron tampoco aventajadas la *Ilíada* y la *Odisea* por las epopeyas más importantes que se referían á las desgracias de la casa real de Tebas, y á la guerra de Troya, y que proporcionaron argumentos á tantas tragedias. De todos estos poemas no quedan más que algunos títulos y fragmentos.

Abundaban sobre las demás, las epopeyas que versaban sobre el asunto de la expedición de los griegos contra la ciudad de Príamo, desde sus antecedentes más remotos hasta sus últimas consecuencias. Estas obras, faltas de la unidad épica, tan alabada de Homero, son llamadas *cíclicas*, porque formaban como un círculo, y sus autores se propusieron imitar y completar las obras homéricas, contando lo que había pasado, según la leyenda, desde el principio del mundo hasta la muerte de Ulises. Las mismas *Ilíada* y *Odisea* ocupan el décimo y décimo quinto lugar respectivamente de la serie cíclica de Proclo, la cual comprende diez y seis epopeyas, y comienza con la *Titanomaquia* y termina con la *Telegonía*.

Pero si el *Ciclo* se nos ha perdido, se nos han conservado otros poemas de tiempos posteriores, que no estarían al alcance de aquellos de nuestros compaisa-

nos, que no empleasen sino el idioma nativo. Tenemos la *Alexandra* de Licofrón (siglo III a. de J. C.), uno de los poetas de la corte de los Ptolomeos de Alejandría. Es un extraño poema, plagado de obscuridades mitológicas y de enigmas pseudo-proféticos y teúrgicos, cuyo asunto es el relato que hace un soldado, de lo que había oído á Alexandra, es decir, Casandra, la hija profetisa de Príamo, acerca de los destinos de su familia y de Troya, y de los futuros acontecimientos hasta el imperio de Alejandro, de quien fué contemporáneo el poeta. M. Déheque tradujo en 1853 esta rara muestra de talento malogrado, aprovechando la multitud de comentarios y en especial los de Tzetzs, que han llegado á hacer inteligible aquella selva enmarañada de versos yámbicos. Si la tuviéramos en castellano, como la tienen interpretada nuestros vecinos en su idioma, nos recordaría su lectura las *escapatorias al mal gusto* de nuestro Góngora.

De Apolonio, otro de los poetas de la Academia de Alejandría, en donde los representantes del saber de la Grecia, una vez sometida por Alejandro, recibieron munífica hospitalidad y protección de parte de los sucesores del Marte Macedonio, conservamos los *Argonautas*, ó expedición de los héroes griegos mandados por Jasón á la Cólquida en busca del vellocino de oro. Lo tomó por modelo Valerio Flaco en su poema latino del mismo título y asunto.

Aunque en el poeta de Alejandría predomina el arte, ha sido colocada su epopeya en el lugar de honor inmediato á las obras homéricas, y fué digna de que Virgilio la imitase en algunos pasajes de su *Eneida*.

Las *Dionistacas* de Nonno, entrado ya en la época bizantina, pues es del siglo IV de nuestra era, es un inmenso poema, alarde de habilidad en la confección de

los 21,895 exámetros de que consta. El núcleo del argumento es la fabulosa expedición de Baco contra los indios, y á su alrededor figuran reunidas un sinnúmero de tradiciones acerca del dios, hasta constituir una masa de cadenciosos versos, que no parece sino un monumento de despedida al paganismo antes de sucumbir y ser reemplazado por el triunfante cristianismo, que es abrazado por Nonno. El conde de Marcellus, francés, publicó en 1856 el texto griego, traduciendo impertérrito á su lengua, con notas muy extensas, los cuarenta y ocho libros ó cantos del poeta de Panópolis.

En el poema heroico Τὰ μεθ' Ὀμηρον, *Suplementos ó Continuación de Homero*, el poeta Quinto, de Esmirna, también del siglo iv de J. C., narra en un conjunto de 8,810 versos épicos, lo que pasó en Troya después de los funerales de Héctor, con los que termina la *Iliada*, como el abatimiento de los troyanos, la llegada de Pentesilea, reina de las Amazonas, con doce de éstas en auxilio de Troya, cómo esta hija de Marte lucha cuerpo á cuerpo con Aquiles siendo muerta por el héroe argivo; cómo es destruída é incendiada Troya y es sacrificada Polixena, y cómo los griegos al retirarse y volver á sus hogares sufren los efectos del rencor de las divinidades ofendidas.

Si no faltáramos á la consigna del *mayor abundamiento*, respetable en asuntos de arte antiguo, podríamos casi omitir los nombres de Coluto, contemporáneo del anterior, autor del Ἀρπάγη Ἑλένης, de unos 392 exámetros; de Trifodoro, quien haciendo de poeta cíclico, con dicción castiza, si bien desmayada, nos habla en su *Toma de Troya*, de 691 versos, de lo que ocurrió en la famosa ciudad á partir del décimo año de la guerra; y de Juan Tzetzés, gramático de Constantinopla de fines

del siglo XII, quien en sus *Τὰ πρὸ Ὁμήρου* (Antehoméricas), *Τὰ καθ' Ὁμήρου* (Homéricas) y *Τὰ μεθ' Ὁμήρου* (Posthoméricas), reunió en tres poemas, que, en conjunto, suman 1,676 versos, todo lo relativo á Troya antes y después de Homero. Entre las otras obras de este comentarista y esclarecedor del tenebroso Licofrón hay una miscelánea de mitología é historia, compuesta de unos 13,000 versos, aproximadamente, la cual lleva el título de *Quiliadas*, porque se agrupan los versos en porciones de á mil, en dos de las cuales se lee una curiosa descripción del espejo de Arquímedes.

Quisiera poder hacer os una reseña algo detenida de los argumentos y citar os algunos pasajes de estas obras, hijas del recuerdo y de la imitación, más bien que del número poético, porque á pesar de esto, gustaríais de las imágenes, descripciones y comparaciones que recuerdan la poesía homérica, á la que imitan.

Mas, siéndonos ésta conocida y pudiendo saborear su sentido, así como las bellezas de su traducción, á título de un mayor acopio, según indicado queda, y para tener un conocimiento más cabal de las fábulas helénicas, bella expresión del orden ideológico y real de la vida de los griegos, y á falta de otras obras de mayor interés é importancia, podríamos incluir las mentadas producciones en la biblioteca de las traducidas.

La epopeya de Apolonio tiene, sin embargo, pensamientos y estilo propios y no está exenta de valor como obra puramente literaria.

Pero la composición que convendría, bajo todos conceptos, publicar, traducida en nuestra lengua, siquiera fuese en buena prosa, reflejo directo del original, es la *Ἔργα καὶ Ἡμέραι*, *Los Trabajos y los Dias* de Hesiodo, aglomerado poético de elementos diversos, yuxtapues-

tos por unidad de intención, que no fundidos en la unidad épica, epopeya didáctica de trascendencia social en su tiempo, en la cual el poeta de Ascra, presentando con toda clase de elementos poéticos la justicia y el trabajo, en especial el del campo, cuya vida y labores describe, como los grandes resortes de la felicidad y prosperidad de los hombres, ejerce un magisterio patriarcal sobre las muchedumbres á las que adoctrina y enseña. Como poema didascálico debió tenerlo presente Virgilio en sus *Geórgicas*, é influyó, por tanto, en las obras semejantes de las literaturas posteriores.

A Hesiodo, como á Homero, se le atribuyeron obras que la crítica no reconoce como suyas. En su mayoría eran poemas genealógicos de los héroes ó semidioses, de aquellos afortunados mortales que descendían, ya por su padre, ya por su madre, de alguna divinidad.

Consta, en efecto, que hubo poetas que podemos llamar historiadores, porque prepararon el advenimiento de la prosa histórica, la cual en sus comienzos (siglo vi a. de J. C.), sirvióse de sus poemas genealógicos ligeramente modificados. Estos poetas hicieron entrar la mitología en el dominio de la historia, prolongando en dirección humana los asuntos de la *Teogonta*, código religioso de los griegos, relato breve y ordenado de los orígenes del mundo y de las divinidades, que figura en las ediciones con el nombre de Hesiodo.

Ya termina este poema con unas enumeraciones de las mujeres privilegiadas que habían merecido el amor de algún dios, y de las diosas que habían compartido su elevada condición con la de un mortal, haciendo la relación de los hijos de unas y otras. De estas listas, llamadas Eéas, de la fórmula de transición $\eta\ \sigma\acute{\iota}\eta$ (ó cual) que emplea el poeta para pasar de uno á otro miembro,

el relato más largo es el que se refiere á Alcmena, madre de Hércules, habido de Júpiter.

A los cincuenta y seis versos de que consta, sigue la narración del combate del semidiós contra Cicno, hijo de Marte, y en ella está como engastado el Ἄσπίς Ἡρακλέους, ó larga descripción del *escudo de Hércules*, que ha dado nombre á todo el conjunto de 480 exámetros. Su composición corresponderá á los últimos tiempos de la poesía épica. El poeta autor parece que quiso competir con Homero en la descripción que éste hace del escudo de Aquiles en el canto XVIII de su *Ilada*. Aunque dista de tener la encantadora simplicidad homérica, creo sería aún de vuestro agrado leer este poemita en castellano.

También sería curioso el *Certamen de Hesiodo y Homero*, poema cuyas reliquias se recogen con las de los poemas llamados hesiódicos. En este ἀγών, acuden los dos poetas al concurso abierto en Calcis por Ganyc-tor en honor de su padre Anfídamante.

Hesiodo dirige preguntas á su competidor, que son contestadas por éste con gran sabiduría y admiración de la multitud que presencia aquella lid. Hesiodo multiplica su ingenio al ver que Homero se lleva los sufragios favorables del público, y sigue proponiéndole con mayor empeño, las más difíciles cuestiones. Llega un momento en que los griegos allí reunidos manifiestan su voluntad de que se otorgue el premio al poeta de Chio; mas he aquí que el rey Panides dispone como última prueba que cada uno recite alguno de los más bellos trozos de sus poemas. Hesiodo canta los versos 383 á 392 de *Los Trabajos y los Días*, en los que señala las épocas del año favorables para las distintas labores agrícolas. Homero, por su parte, entona épicamente el choque de las huestes

griegas capitaneadas por los Ayaces contra las turbas troyanas. Admirados los oyentes encuentran los versos de este último más bellos de lo que podían esperar, y entre mil alabanzas muestran su predilección por él, y sus deseos de que fuese proclamado el vencedor. El rey, empero, coronó á Hesiodo, diciendo que de justicia correspondía la corona al poeta que enseñaba la virtud á los pueblos y los conducía por el camino del trabajo de la tierra, y por la senda de la paz; y no al que los dividía impeliéndoles á la guerra y á la muerte. Así, pues, Hesiodo recibe en premio un trípode de bronce, que dedica á las Musas, con una inscripción que recuerde su victoria. Cuán hermoso lo que se leía al final del poema cuando, siendo ya anciano el ciego Homero y estando sentado á la orilla del mar, por la respuesta que dan unos pescadores á una pregunta que les dirige, ve cercana su muerte, antes de la cual compone el epitafio para su sepulcro, que conocéis, pues me he permitido acompañarle de su traducción en verso castellano.

El valor didáctico que tiene la epopeya de Hesiodo, sugiere el recuerdo de otros poetas didácticos, cuya mención responda á la finalidad propuesta en estas páginas; tales como Nicandro y Opiano del siglo II de la era cristiana. El primero era médico, y se conservan de él dos poemas: *Teriacas* ó remedios contra las mordeduras de animales venenosos y *Ἀλεξιφάρμακα*, ó *Remedios contra los venenos que se hallan en los alimentos y bebidas*. Aunque no puedan ser notables desde el punto de vista científico, la conveniencia de su traducción podría derivarse de su utilidad para la historia de la medicina. En cuanto á Opiano, de Cilicia, nos ha legado un poema en cinco libros *Ἀλιευτικά*, *De la pesca*. Otro le es atribuído también, el *Κυνηγετικά*, *De la caza*; pero, se-

gún la crítica, parece pertenecer á otro Opiano de Siria, que vivió en los comienzos del siglo III, y cuya obra es inferior en mérito á la precedente, la que ofrece algún interés para la historia natural.

Tres ó cuatro siglos duró en Grecia el cultivo de la epopeya.

Esta respondía á una etapa de civilización primitiva en la que no se consideraba materia poética la realidad presente de la vida y del individuo. Satisfacéase el interés de las muchedumbres volviendo su fantasía infantil hacia aquellos de sus imaginarios semejantes que eran hombres y dioses, representantes, por lo tanto, de la más alta dignificación de la raza y cuyas hazañas eran presentadas por los aedas á la admiración y ejemplaridad de todos los griegos.

En aquellos siglos, en que dominó exclusivamente y llegó á una gran perfección la poesía narrativa, la manifestación lírica no tuvo un verdadero valor literario. Reducíase á himnos ó cantos religiosos que acompañaban á las ceremonias del culto, ó bien solemnizaban las principales circunstancias de la vida, tales como los *trenos*, ó lamentaciones fúnebres, los cantos nupciales ó *hymeneos*, los *peanes*, etc. Su letra y música eran sencísimas: unas cuantas palabras, á modo de exclamaciones, y los más largos, más bien que odas, parecían sencillas letanías. Esta poesía cantada, rudimentaria y popular, era impersonal; los sentimientos y situaciones que solemnizaba los refería á seres míticos, y no á los individuos reales, que eran los verdaderos sujetos de aquellas situaciones y sentimientos. Las melodías eran viejos aires tradicionales de rasgos cortos y monótonos.

En los comienzos del siglo VIII la épica empieza á

decaer, para dar lugar á nuevas formas métricas y musicales, y á nuevas aplicaciones del numen poético.

La aparición del *nomos* hace que los antiguos cantos religiosos cobren un valor artístico y musical que no habían tenido hasta entonces.

La invención del *elegos* y del *iambos*, con los metros á que dieron origen, señala el empleo de nuevas formas, distintas del exámetro, que respondiesen á los nuevos motivos y asuntos de la poesía, reclamados por el cambio de condiciones de vida y de costumbres. El cultivo de la inteligencia y de la reflexión, las nuevas circunstancias sociales y políticas, descubrieron á los griegos las fuentes de poesía que entraña el hombre en sí mismo, en sus afectos y sentimientos; y con el régimen de gobierno, en el que el individuo obedece á las leyes que él mismo se dicta, éste toma una intervención directa en la cosa pública, y hace también de la poesía una bella manifestación de su pasión política.

La forma elegíaca, es decir, la serie de dísticos (grupos de exámetro y pentámetro), tuvo primeramente una aplicación varia. En Calino y Tirteo sirvió de arenga guerrera. Solón debió emplearla para infiltrar en el ánimo de sus gobernados, el espíritu de sus nuevas leyes. Como dice Horacio; *dictæ per carmina sortes, et vitæ monstrata via est* (1). Las nuevas formas métricas fueron usadas en tiempo en que la prosa no existía aún, ó tenía un uso muy limitado, para todos aquellos objetos, para los que, en tiempos de adelanto de la civilización y de la cultura, se creyó más apropiado el empleo de aquélla.

(1) *Epist. ad Pisones*, 403-404.

Como forma lírica, la elegía expresa los sentimientos íntimos y personales del poeta, ya de tristeza, ya de alegría, si bien desde Mimnermo, y principalmente desde Simónides de Cea, quedó consagrada la *elegía*, á su particular objeto, es decir, á la manifestación de la queja, de la melancolía y del dolor.

Las composiciones elegíacas abundaban en reflexiones y preceptos morales, de los que se desprendían, naturalmente, γνώμαι, y de aquí que á sus autores se les llamase algunas veces, poetas *gnómicos*, que quiere decir, autores de *sentencias morales*. Esta aplicación educadora y moralizadora de la alternativa de exámetro y pentámetro, es semejante á la instructiva que también tuvo.

Le costó mucho á la manifestación del pensamiento desprenderse de la ligazón métrica. Aun en épocas, nada remotas ni clásicas, hubo ingenios que echaron mano de estas bellas combinaciones de la palabra para hacer, á un mismo tiempo, gala de arte y de ciencia. El volumen de la edición Didot, *Poetæ bucolici et didactici*, comprende, entre estos últimos, además de Arato, Nicandro y Opiano, con sus obras que llevamos ya nombradas, otros poemas, como los del bizantino Manuel Phile (siglo xiii), en los que se ocupa de los animales y de las plantas, y también fragmentos de poemas de física, astrología y medicina, cuya interpretación daría á conocer el estado de las ciencias naturales en los tiempos de sus respectivos autores.

La lírica por excelencia tuvo en la Grecia un florecimiento de tres siglos (del vii al v a. d. J. C.), y es la llamada por los griegos *meliká poiémata*, *méle*, porque era esencialmente musical y destinada á ser cantada ya por un individuo, quizá por el mismo poeta, ya por un

coro, que á menudo la acompañaba de la danza. Comprende las *odas*: las exhalaciones del sentimiento ó entusiasmo personal ó colectivo, exornadas con todos los recursos de la bella imaginación y del arte músico, favorecido grandemente este último por la invención de variadas y felices agrupaciones de versos, ó *estrofas*, como las originales de Alceo y Safo, cuya armonía ha sido ensayada en lenguas modernas por poetas de nuestros días.

Poseemos, traducidos en castellano, los líricos griegos en una medida bastante completa, pues, si bien nos faltan muchos fragmentos de los contenidos, por ejemplo, en la antología de Bergk, los demás países tampoco los traducen en sus idiomas vulgares, porque estas reliquias, cortas y de difícil interpretación, si bien interesantes para el filólogo, no lo son para el aficionado y para el público, al que se destinan esta clase de traducciones. De *Baquílides*, sin embargo, nos falta traducir (dejando lo más mutilado), la mayor parte de lo hallado últimamente de él, gracias á un papiro egipcio (1) que posee el *British Museum*.

Bien lo merece el sobrino de Simónides de Cea, el cual si bien no muestra la originalidad de su tío, ni la grandeza de Píndaro, á quien también imita algunas veces, por sus catorce odas triunfales, que figuran entre los recientes hallazgos, se hace merecedor del dictado de *Ruiseñor de Cea*, que él mismo se da.

Del poeta y polígrafo Calímaco, del Museo de Alejandría, aunque muy distanciado en mérito poético de

(1) Véanse: *The Oxyrhynchus papyri*. Ed. by B. P. Grenfeld and S. Hunt. Londres; así como los *Papyrus grecs publiés par l'Institut papyrologique de l'Université de Lille*; y los *Bacchylidis carmina*, publicados por la biblioteca Teubner.

los grandes líricos que acabamos de nombrar, podríamos traducir y publicar seis himnos, y setenta y tres epigramas que han llegado hasta nosotros. Hablé antes de los epigramas llamados homéricos. El epigrama es el género duradero por excelencia, y ha florecido en todas las épocas. Bien puede decirse que alcanzó su perfección en manos de Simónides de Cea.

Quien desee leer ó traducir muestras de exquisita elegancia, puede acudir á la *Epigrammatum Anthologia Palatina*, que llena tres volúmenes de la edición Didot. En ella va también comprendida la llamada *Στέφανος*, ó *Corona de Meleagro*, antología que, con las propias obras de este poeta, del siglo primero antes de J. C., nos da á conocer composiciones y epigramas de una multitud de ingenios, algunas de las cuales son joyas de la poesía griega antigua.

Antes de pasar adelante en esta especie de inventario negativo que vengo haciendo, cúpleme insistir en lo que unánimemente reconocen todos, es á saber, que las traducciones á los idiomas modernos pierden aquellas excelencias y encantos cifrados en el valor expresivo de los términos, y en la particular melodía de cada uno de ellos y de la del conjunto, sobre todo si está ordenado en forma métrica. Los vocablos de la lengua griega pintan de un solo rasgo lo que exige muchas palabras en castellano. Además, merced al gran número de partículas y á la gran variedad del hipérbaton, la frase y los versos griegos tienen una armonía musical muy difícil de trasladar á los versos y á la frase de una versión.

A esto hay que añadir la contraposición de las costumbres modernas con las antiguas, en cuya referencia no encontramos tanto interés ni deleite en las traduc-

ciones, como al enterarnos de ellas por los mismos originales griegos, cuando nos hallamos dispuestos á leerlos y saborearlos, porque en este caso transportamos con más facilidad nuestra imaginación á los tiempos del asunto de la obra. Por todo lo cual, no podrá decirse con rigor de justicia que ninguna traducción en idiomas modernos supere á su original griego, lo que ha llegado á afirmarse de alguna castellana respecto de su modelo latino, y también se ha dicho de algunos traslados de una á otra lengua modernas.

Nos habremos de contentar con traducciones en verso que se aproximen lo más posible á los originales, ó, sino, con versiones directas, aún en prosa, de las obras poéticas en verso, griegas; prosa que se ajuste á la letra, siempre que lo consienta el genio de nuestra lengua, porque donde no, habremos de prescindir de la letra y atenernos al sentido.

La *obscuridad* en las traducciones, nace muchas veces de ser demasiado literales, al paso que caemos en la *redundancia*, cuando, pudiendo atenernos á la letra, sin menoscabo de la claridad, no lo hacemos. Hemos de evitar estos dos escollos de una buena traducción. No huyamos de Escilla para caer en Caribdis.

En cuanto á la poesía dramática griega, fué ella la que respondió al mayor grado de cultura y civilización del pueblo helénico. Fué una síntesis artística de las perfecciones todas de la épica y de la lírica, que se habían desarrollado anteriormente.

En su rama de *tragedia*, representó las leyendas religiosas y heroicas que habían sido cantadas al compás de la cítara, por el aeda y el rapsoda; y Eurípides se valió de ella para hacer prevalecer la filosofía sobre las viejas preocupaciones populares. Tenía un carácter

patriótico y nacional, y fué un espectáculo que habfa de gustar extraordinariamente al pueblo griego.

En su rama de *comedia* ática, se alimentó de la vida real de la sociedad ateniense de los siglos v, iv y iii, y sin perder su carácter popular, ejercitó en las tablas, sobre todo, bajo la insuperable vis cómica de Aristófanes, la crítica política, la filosófica y hasta la alta crítica literaria.

De desear es, que á la manera del teatro de Esquilo, cuya versión ya poseemos, salga cuanto antes á la luz pública el teatro completo de Sófocles, traducido en prosa castellana, cuya publicación tiempo ha viene anunciándose, y entonces, al par que de sus bellos coros, podremos disfrutar de aquellos hermosos conceptos y elevado carácter moral, que comunicó á los personajes de sus siete tragedias conservadas, el gran trágico de Colona.

De Eurípides, el más trágico de los poetas y el pintor sin igual de las pasiones, nos falta por traducir la mitad de las piezas que nos quedan. Poseemos, sin embargo, dos fragmentos de *Andrómaca*, interpretados por Fr. Luis de León, y un largo trozo de *Las Bacantes*, por Pedro de Valencia. A fines del siglo xvi se representaba una *Ifigenia en Aulide*. Algunas obras del trágico de Salamina, entre ellas el *Cíclope*, pieza que reviste un especial interés por ser el único drama satírico que se nos ha conservado, las he leído en catalán. El *Reso*, aunque esté descartada de las obras auténticas del autor de *Medea*, es una tragedia que también merece los honores de la versión.

A Menandro, creador de la comedia de costumbres, le conocíamos por los fragmentos de sus piezas perdidas, y, sobre todo, por los cómicos latinos Plauto y Te-

rencia que le imitan, y en parte traducen, principalmente por el último, su más fiel imitador. De aquellos fragmentos fueron entresacados dichos y sentencias, que revelan el talento de observación de que estaba dotado el gran poeta cómico ateniense, y que le reconoció Quintiliano, al decir que trazó la imagen completa de la vida.

Últimamente, unos papiros exhumados del Egipto, (1) nos han restituído trozos más ó menos extensos de sus comedias *El Labrador*, *El Adulador*, *El Héroe*, *El Arbitraje*, *La Samiota*, *La mujer de los cabellos cortados*, que convendría adoptar y hacer nuestras por su versión, sobre todo *El Arbitraje*, que es la mejor conservada de todas (2).

Papiros de la misma procedencia han descubierto muestras de un género muy afine á la comedia, tal es el *mimo*, ó cuadro de costumbres, en el que preséntanse dialogando hombres ó mujeres del pueblo. *Sofrón* de Siracusa, dióle á esta especie de sainete un carácter literario, y Teócrito nos dejó un ejemplar admirable en su idilio *Las Siracusanas*, que todos podemos leer por estar hermosamente traducido. Los actuales historiadores de la literatura griega, merced á los últimos hallazgos, registran el nuevo nombre de *Herodas*, ó *Herondas*, nacido quizá también en Siracusa y contemporáneo de los primeros Ptolomeos, como autor de ocho mimos (3) escritos en el yambo *escazonte* de Hiponax.

(1) *Fragments d'un manuscrit de Menandre, découverts et publiés par Gustave Lefèvre*, Le Caire, 1907.

(2) *Menandre, l'Arbitrage*, texte et trad. par Maurice Croiset. — Paris, Leroux, 1908.

(3) Véase la 4.ª edición de Crusius (Teubner, 1905).

Para hablar también de geografía, aunque ajena á la literatura propiamente tal, y hablando de ella, antes que de la historia, respetando el carácter de prioridad que sobre la misma tiene, atendida la naturaleza de su objeto, mencionaremos á *Estrabón* y á *Ptolomeo*, cuyas obras de geografía general, clásicas también en su género, tan importantes son para el conocimiento de la geografía antigua de nuestra patria.

¡Cuán curiosa es la reseña que de los edificios públicos y monumentos hace el viajero *Pausanias* en su *Descripción de la Grecia!*

En los dos volúmenes que el célebre editor parisién dedica á los *Geographi Græci minores*, se incluyen varias περιήγησις ó descripciones del mundo, y *Periplos* ó Viajes de circunnavegación, así como la *Ἰνδική*, ó *Historia de la India*, de Arriano; algo de todo lo cual, aun quizás gustaría leído en castellano.

La prosa griega no aparece hasta el siglo vi. Durante largos siglos dominó como forma literaria la poesía, pero, á partir de aquella época, la multitud de datos recogidos en los archivos y el espíritu científico que ya empezaba á germinar, aplicado á la formación de síntesis generales, motivan la aparición del libro histórico y del filosófico. Entonces la sola poesía no podía satisfacer las necesidades creadas por las nuevas formas de curiosidad intelectual.

Los primeros conatos de historia, según queda dicho, se relacionan directamente con las genealogías de los antiguos poetas. Los *logógrafos* ó primeros compiladores en prosa, casi no hicieron otra cosa que cambiar la forma de exposición de las antiguas leyendas ó tradiciones. Aunque tenían la mira de expurgar la verdad de las ficciones poéticas, no lograron su in-

tento. Estaban faltos de crítica y de medios para depurar la verdad histórica. Fueron á buscar en la fábula de los antiguos poemas, el atractivo que querían proporcionar á sus relatos, ya que no les era posible comunicarles aquel orden lógico y razonado de la verdad, en lo que consiste el mayor encanto de la prosa.

Lo que nos queda de estos logógrafos, como Hecater, Helánico, Ferécides, etc., así como trozos muy extensos é importantes para la historia universal, de las *Crónicas de Caldea* y de las *Crónicas de Egipto*, atribuidas al caldeo Beroso y al egipcio Manetón, respectivamente, y fragmentos de otros historiadores, como Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso, etc, están recogidos y revisados por Carlos Müller y publicados por Didot en cinco volúmenes de *Fragmenta historicorum graecorum*. De todo ello podríamos entresacar también algunos materiales para nuestro repertorio de traducciones.

De Jenofonte, la *abeja ática*, hay que publicar un traslado fiel de sus *Ἀπομνημονεύματα*, *Memorias*, en las que prueba la inocencia de su maestro Sócrates y expone la doctrina aprendida en su escuela, con más naturalidad que Platón. Dicha obra no está comprendida entre las hermosamente traducidas por Diego Gracián, lo que acentúa más la conveniencia de llenar este vacío.

De los historiadores, cronistas y biógrafos de la época bizantina, que escribieron acerca de hechos y personas del imperio romano de Oriente, podríamos todavía escoger alguna cosa que nos sirviera. No dudo leeríamos con algún interés la historia en ocho libros, que conservamos, de *Procopio*, tan útil para el conocimiento de los pueblos bárbaros que invadieron el imperio romano.

De Plutarco, el gran polígrafo, considerado más bien como filósofo que como historiador, nos faltan por traducir sus Ἠθικά, *Obras morales*, nombre colectivo con que se designa comúnmente el segundo grupo de obras suyas, las más diversas por sus asuntos, de las que un gran número no guardan relación alguna con la moral. Además de las *Vidas paralelas*, que todos leemos ya en nuestra lengua, y que forman el primer grupo, leeríamos con agrado é interés las de aquel segundo grupo, de un modo principal, los tratados propiamente morales, como el *De la Educación*, *De la Virtud moral*, *De la Paz del alma*, *De la Envidia*, *Del Deseo de las riquezas*, etc., y otros de diversas materias; si bien los que se ocupan de cuestiones físicas y naturales han de ser necesariamente la parte más débil de la enciclopedia del gran sabio de Queronea.

De Aristóteles, el gran filósofo, representante de una de las direcciones capitales del espíritu humano, nos falta poseer en castellano su tratado de la *Constitución de Atenas*, descubierto no ha muchos años en unos papiros egipcios (1).

La *Elocuencia*, como arte formal de la palabra, enderezado todo él á la obra de la convicción y persuasión del auditorio, es hija de Atenas, la ciudad favorecida liberalmente con todos los dones del arte y con todas las gracias del decir. En ella tomó un desarrollo admirable y fué cultivada, ya con miras políticas, ya con carácter forense, ya también con fin didáctico y con aplicación á la controversia y á la apología, por una multitud de oradores, maestros de oratoria y escritores

(1) Publicado primeramente por Kenyon (Londres, 1891). Hay la edición posterior de F. Blass, Bibl. Teubner (1892).

elocuentes, que llevaron á su más alto grado de perfección el arte del bien decir.

Hubo tantos, que Demóstenes nos dice, en su discurso *De la Corona*, que hubo mil oradores antes que él. En un mismo siglo, del v al iv a. d. J. C., florecieron los diez, que los críticos alejandrinos reputaron como los mejores. Estos han de atraer nuestra atención; no la turba de los que se llamaban á sí mismos sofistas, *sapientísimos*, secta de retóricos, escuela excéptica y menospreciadora de la verdadera ciencia y de la verdadera filosofía, desacreditadora de la elocuencia seria, y que, sin embargo, hizo el bien de proporcionar á esta última el elemento retórico ó de perfección de la forma, el cual fué aprovechado en su justo valor por los diez grandes oradores modelos. De éstos, cautivan nuestro interés y atraen nuestra admiración, un *Demóstenes*, el príncipe de la oratoria, y un *Esquines*, su rival y digno competidor, de quienes poseemos traducidas sus principales oraciones, las más perfectas de la oratoria universal; un *Isócrates*, que tenemos interpretado en todo cuanto suyo nos queda. Pero, hay mucho más por traducir en castellano, no sólo del autor de las *Filípicas*, cuya lista de escritos es tan numerosa, sino también de un *Antifón*, de un *Lisias*, de un *Iseo* (especialista en asuntos de herencias y sucesiones) y de un *Hipérides*, de cuyas oraciones tantos fragmentos se han descubierto de sesenta años á esta parte. En suma, de los diez del canon alejandrino y de otros que encontrará el erudito en las colecciones generales de las obras y fragmentos de los oradores áticos, pueden sacarse, hasta en el tiempo presente, ideas y recursos aprovechables para casos y circunstancias análogos; máxime, habida semejanza entre nuestra manera popular de administrar

justicia y la practicada en la Atenas del siglo de Demóstenes.

Precisamente en otro siglo cuarto, en el del lado de acá de la Cruz, floreció una elocuencia sagrada, la de los SS. Padres de la Iglesia, que emuló en pureza de lengua y brillantez de forma con la de los grandes oradores atenienses del siglo cuarto del lado de allá del Calvario.

En los primeros siglos del Cristianismo, conservó en Oriente, la lengua griega, gran parte del esplendor de los tiempos clásicos. Los nuevos expositores y controversistas se instruyeron en las famosas escuelas de elocuencia y de filosofía de Atenas, Rodas y Alejandría. Tomaron, en una palabra, lo que les era útil de las letras y de las ciencias griegas, en especial de la doctrina de Platón, para aplicarlo á la predicación y defensa de la doctrina cristiana. *San Atanasio*, *San Basilio*, *San Gregorio Nacianceno* y *San Juan Crisóstomo*, son florones de la corona inmarcesible de gloria que labraron para el Cristianismo sus invictos campeones.

Tenemos en castellano las homilias selectas de San Juan Crisóstomo, los seis *Libros sobre el Sacerdocio*, reputados como la principal obra del gran sabio de Antioquia; algunos sermones de San Basilio, etc. De este último quiero recordar aquí su hermoso discurso sobre la *utilidad de la lectura de los autores profanos*, en el cual sostiene, en conclusión, que los cristianos han de aprovecharse de los frutos del ingenio y del saber paganos, rechazando tan sólo de ellos, el error y el mal.

De muchas piezas, no hay vertido á nuestro idioma, más que fragmentos y citas más ó menos extensas, como la curiosa tragedia ó drama sacro, *Cristo paciente*, atribuída á San Gregorio de Nacianzo, en la que con

versos de Eurípides se representan los dolores de la Santísima Virgen.

Todo esto (sea lo que fuere lo que deje de citarse, como trasladado á nuestra lengua), es muy poco comparado con lo que aparece á nuestra vista cuando hojeamos los volúmenes de la *Patrologie grecque*, de Migne, obra que, por sus grandes proporciones, da idea de lo enorme de la literatura eclesiástica que posee la lengua griega. De esta colección, están esperando la paciente tarea de traductores delicados, muchas obras que, puestas en castellano, además de ser útiles á la oratoria del púlpito, ilustrarían con los mayores realces de la elocuencia y de la poesía, la católica piedad del pueblo español.

*
* *

Después de las precedentes notas de lo que podría llamarse registro de faltas en nuestra bibliografía de traducciones del griego, quiero ya poner término al abuso que estoy haciendo de vuestra amabilidad é indulgencia.

Poco más habré de añadir para completar mis propósitos.

Los libros que dan noticias de los trabajos de nuestros humanistas, nos ayudarían á explorar los materiales que podrían aprovechar al indicado fin. La *Bibliotheca Vetus* y la *Bibliotheca Nova*, de Nicolás Antonio; el *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles*, de Pellicer, por no citar otras, son bibliografías que nos informan de lo que hay y de lo que no, de lo impreso y de lo inédito y manuscrito, pudiendo servirnos de lo primero, y de lo último, en el caso de dar con ello, para las publicaciones que emprendiéramos, arregladas al gusto de nuestros días.

De las muchas traducciones que hizo, acompañándolas del texto griego, el docto humanista, Pedro Simón Abril, del siglo xvi, consta que no todas se imprimieron.

De los códices del Escorial y de los manuscritos griegos de la Biblioteca Nacional, alguno de los cuales ha sido aprovechado por los editores extranjeros, y que fueron catalogados por Juan Iriarte (1), podrían entresacarse textos, con que hacer por nosotros mismos alguna que otra traducción, acompañada de una edición crítica del texto, al modo como se hace fuera; cosa que no hemos hecho todavía en España, y no es de extrañar, cuando la sola publicación de textos griegos ajenos, ó mejor diríamos, de trozos y fragmentos, alcanza entre nosotros tan modestas proporciones.

Ni hemos de ponernos á traducir inconsideradamente cuanto nos falta. Aunque apenas hay obra griega y latina que no la tengan interpretada en otros países á sus respectivos idiomas: y esto que alemanes é ingleses no mantienen con griegos y latinos, la filiación directa de raza y de lengua que mantenemos los españoles; nosotros, sin embargo, podríamos ir llenando nuestros vacíos, traduciendo, en primer lugar, aquellas obras que, por nuestro estado de cultura y aficiones, interesaran y fueran más del gusto de nuestro público ilustrado. Hemos de hacer lo que no hicieron nuestros sabios patricios de pasados siglos, en los que abundaban, por otra parte, las traducciones latinas de autores griegos. En el siglo xviii, bien lo sabéis, todo lo clásico nos llegó á través del ingenio francés; y el mismo P. Feijóo autorizó con su opinión, en favor exclusivo de la lengua

(1) *Regia Bibliotheca matritensis Codices graeci mss.* Matriti, Anno 1769.

francesa, el abandono general en que se tuvo el estudio de la lengua griega.

En cuanto á la cuestión respetabilísima del efecto moral que pueda producir la lectura de los clásicos, además de atenerme á los motivos de utilidad que en ella reconoce el mismo San Basilio, en su citado discurso, aún para la juventud educada en el seno del Catolicismo, creo que un prudente expurgo en los casos necesarios, ya que se trata de una obra de divulgación, satisfaría una sagrada é ineludible exigencia. Pocas veces habrá motivo para tales eliminaciones, y menos con respecto á los autores griegos que á los latinos. Atengámonos al precepto de higiene literaria y artística de nuestro Milá y Fontanals: *Buscar lo que promueva ó conserve la harmonía del alma, no lo que la destruya ó la perturbe.*

Y ahora, llegada ya la oportunidad de la manifestacion y moción de afectos, permitidme que os exteriorice un deseo, el de que fuera la Universidad el centro propulsor de esta obra divulgadora de la cultura clásica entre nosotros.

Hoy, gracias al celoso y magnífico patrocinio dispensado por nuestro dignísimo Rector, á cuanto redunde en bien y prestigio de nuestra querida Universidad, el *Anuario* acoge también en sus páginas textos griegos acompañados de sus correspondientes traducciones. Mañana, ¿no podrían tener cabida los trabajos de catedráticos y alumnos de lengua y literatura griega, y también latina, en una revista ó boletín, ya de carácter general á los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, ya especial de aquellas ramas filológicas, que fuese asequible al público, y en la que encontrasen, además, un medio de publicidad los trabajos del mismo género que permane-

cen inéditos en poder de particulares, sus autores, y de miembros de corporaciones religiosas, en las cuales se conserva con vigor el cultivo tradicional de los estudios clásicos? Sería ésta una forma de *extensión universitaria* y académica, al modo como la practican Universidades y Facultades del extranjero, y muchas de las asociaciones y sabias entidades anteriormente mencionadas.

La cultura de un país no llega á un grado superior, si los ciudadanos, además de los conocimientos propios de su carrera ó profesión, no poseen aquellos otros de carácter desinteresado, que forman como el adorno del espíritu. *Hay algo en lo clásico*, dijo Clarín, *necesario para la educación completa.*

A esta obra complementaria de la cultura patria se debe hoy más que nunca nuestra Facultad de Letras, que por R. O. de 20 de diciembre de 1910, ve completadas sus enseñanzas con la implantación de los nuevos estudios correspondientes á las Secciones de Filosofía é Historia.

En las Ordenanzas de 1571, por las que fué establecida la cátedra de Griego en el antiguo *Studi general*, ó edificio de la primitiva Universidad Barcelonesa, se leen estas notables razones: *porque nadie puede ser buen latino sin tener conocimiento de la lengua griega, y porque la mayor parte de las ciencias están escritas en griego.*

Y al concluir, sean mis últimas palabras para vosotros, mis queridos estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras. Con ellas quiero recordaros las que dirigió Horacio á unos jóvenes, amantes como vosotros de la literatura:

Hojead de día y de noche los modelos griegos.

Si cumplís este precepto, y si trabajáis con vuestros Profesores para hacer participantes á vuestros compai- sanos del beneficio de su cumplimiento, la Patria os que- dará agradecida, por haber sido los continuadores de ese apostolado de cultura universal, iniciado, allá en medio de las nieblas de una edad remota, en la tierra, patria de las Musas, y llevado á tan alto grado de per- fección por los clásicos griegos.

HE DICHO